

La Cuestión Mariana en América Latina

Aporte para un temario y algunas posturas

Joaquín Allende, Pbro.

Miembro del Equipo de Reflexión del CELAM

Desde Medellín a Puebla hay en el tema mariano una evolución considerable: Sobre lo que la II Conferencia General del Episcopado nos legó sobre María, viene calificado por Rafael Ortega¹ como "...el inexplicable silencio de los Documentos de Medellín con relación a todo lo mariano". En verdad, resulta sorprendente que los obispos, viniendo del Vaticano II, no se hayan detenido a elaborar y proyectar la persona de María en nuestro Continente. Por una parte, según el decir de Paulo VI, "...es la primera vez... que un Concilio Ecuménico presenta una síntesis tan extensa de la doctrina católica sobre el puesto que María Santísima ocupa en el Misterio de Cristo y de la Iglesia"². Y en lo que respecta a la aplicación de esa doctrina, se trataba de un Continente que Mons. Pironio iba a designar más tarde como "esencialmente mariano"³.

Sin duda que nadie puede acusar a los obispos reunidos en Medellín de un desinterés por la Madre de Dios. Esto sería absurdo. Se trata, más bien, de que la Iglesia universal pasó por un período de cierta perplejidad en la cuestión mariana, como lo manifiesta Paulo VI en la Exhortación *Marialis Cultus* (n. 58). Las causas y el análisis de estos fenómenos trascienden el propósito de nuestro artículo. Pero interesa, sí, dejar sentado que la ausencia de María en Medellín se inscribe en un fenómeno más amplio y universal. Junto a ello hay que anotar una razón "latinoamericana", propia de la situación nuestra en los años sesenta. La definición o la descripción o la radiografía del Continente que tenían ante sí los obispos de Medellín estaba condicionada por las ciencias auxiliares de la pastoral. Ellas han manifestado una limitación clara para percibir y ponderar expresiones como la fe mariana del pueblo. La perspectiva sociológica, socio-económica de cuño centroeuropeo y norteamericano no lograron una penetración más histórica y cultural de la fisonomía y del alma de nuestros pueblos.

Desde diferentes puntos cardinales se observa un claro avance en el tema de María y América Latina. Hay múltiples publicaciones sobre la materia de diferenciado valor, pero, en todo caso la cuestión interesa. También aquí las orientaciones de los Sínodos romanos sobre evangelización y catequesis han ejercido importante influencia. Y ha sido determinante lo que como categoría principal se entrega a la conciencia de la Iglesia en la *Evangelii Nuntiandi* y la reflexión tan rica y creadora de la *Marialis Cultus*.

En el ámbito del CELAM y de las comisiones preparatorias de Puebla cabe recordar dos textos mayores. El Encuentro Interdepartamental del CELAM que

¹ Cfr. "Para una Renovación y Profundización de la Mariología", en *Medellín*, 6 (1976) 151-181, p. 152.

² En el discurso de clausura de la III etapa conciliar, 21-XI-1964, n. 21.

³ Cfr. *L'Osservatore Romano*, Edición española del 6-X-1974, 10.

se tituló "Iglesia y Religiosidad Popular en América Latina", en cuyo documento final encontramos abundante material mariano, todo en una perspectiva rigurosamente postconciliar en lo teológico y creadora en lo pastoral. En ese contexto han de comprenderse afirmaciones como esta: "...consideramos un don admirable de la Providencia el amor que el pueblo latinoamericano experimenta por la Madre de Dios. La advocación de Nuestra Señora de Guadalupe es un símbolo global en América Latina que expresa esa fusión entre el alma del pueblo con la persona de María" (n. 161). El otro desarrollo teológico lo encontramos en el Documento de Consulta en los números 693 a 707. La perspectiva es más bien eclesiotípica la que se proyecta en el horizonte de la fe del pueblo y de las tareas propias de la evangelización. Allí se dice que "María, con su oración, preside la evangelización e implora para los evangelizadores aquellas actitudes interiores que harán que la tarea evangelizadora sea no sólo posible sino activa y fructuosa" (n. 705).

En la víspera de Puebla, y tratando de cooperar a que el proceso creciente de reflexión logre expresarse en la III Conferencia General, queremos aportar sucintamente estas líneas que no podrán ser sino casi *una lista de temas y una toma de posición fundamental*. Se trata de sugerencias.

1. En el ámbito Cristológico

Parece que el interés eclesiológico en la reflexión latinoamericana, como también universalmente, se ha ido desplazando hacia lo cristológico. Esto reclama de Puebla un abordaje del tema de Cristo. Ello apunta necesariamente a lo mariano. Pues "el conocimiento de la verdadera doctrina católica sobre María será siempre la llave de la exacta comprensión del misterio de Cristo y de la Iglesia"⁴. Este lugar "clave" de María en relación con la verdadera imagen de Cristo es muy tradicional en la Iglesia. San Cirilo, en la homilía que ha sido calificada como "el más famoso sermón mariano de la antigüedad", llama a la Madre de Dios "cetro de la ortodoxia"⁵.

La cuestión cristológica se mueve en una tensión intrínseca permanente. Los polos podrán formularse o comprenderse en forma distinta según las épocas y las escuelas de pensamiento, pero el misterio del Dios hecho Hombre va a agitar la inteligencia creyente hasta el final de los tiempos. Nosotros podemos decir que, como una ley general de la historia teológica, los tiempos de búsqueda para reformular en la fe esa tensión, deben ser tiempos en los cuales la Iglesia tenga la figura de María muy presente y viva. Esto parece más claro aún si concebimos a la teología no en un horizonte meramente conceptual o intelectual, sino que, junto con todo el rigor de pensamiento, se la entiende en relación con los modos sapienciales de la fe. Vale decir, una teología que no sea un puro equilibrio geométrico entre verdades, sino una armonía tensa y vital en el dinamismo de los misterios. En el ámbito cristológico va a ser necesaria una relectura de la virginidad y de la maternidad divina de María.

La virginidad volverá a ser aquí y ahora el signo ineludible que el Salvador, "no nació de sangre, ni de carne, ni de deseo de hombre, sino que

⁴ En el discurso de clausura de la III etapa conciliar, 21-XI-1964, n. 23.

⁵ Cfr. Hilda Graef, *María*, Barcelona 1968, p. 114.

nació de Dios" (Jn 1,13)⁶. A partir de la virgindad de María, la Iglesia estará siempre atenta en su sentir y pensar para mantener prácticamente vigente la filiación eterna del Verbo, su transcendencia, el momento "descendente".

La maternidad divina nos recuerda todo el momento ascendente, lo "carnal" de Cristo. Lo que tanto escandalizó a Nestorio del Sermón de Proclo en la cuestión efesina, va a ser siempre la piedra de tope de todos los docetismos y monofisismos. El término de la acción generativa de María es la segunda persona de la Trinidad. La maternidad divina fue y debe serlo ahora nuevamente el seguro de encarnación, historicidad y humanidad de Cristo.

2. En el ámbito Antropológico

La cuestión del tipo de hombre que la Iglesia propone es un asunto subyacente, muchas veces no tematizado, y que necesita explicitarse. La mariología nos propone la imagen ideal del creyente. Pero no sólo éso, nos presenta el tipo metacrónico de la persona humana, por así decirlo, el desideratum imaginado por Dios de lo que el hombre debe ser. Cabría aquí explorar y desarrollar las virtualidades antropológicas de los dogmas de la Inmaculada Concepción y de la Asunción de María a los Cielos.

La Inmaculada Concepción nos ofrece la fisonomía del hombre nuevo redimido por Cristo en el cual se crea "más maravillosamente aún"⁷ el proyecto original del paraíso. En la Inmaculada se manifiesta que la "llena de Gracia" es simultáneamente, y en razón de esa misma plenitud, la perfecta realización y vivencia de lo que es ser persona humana. Es decir, el don de la gracia divina asume, sana y exalta la naturaleza y la existencia humana.

La armonía entre el orden de la creación y el de la redención se patentizan en este punto culminante que es María y ello ocurre afirmando siempre que esa insospechada bendición es un "singular privilegio".

La Asunción de María nos descubre dos dimensiones de gran actualidad. Por una parte el destino del cuerpo, de la materialidad humana que es el origen de toda particularidad psicológica, social y de toda implantación histórica y cultural, se nos manifiesta aquí en toda su dignidad última. Es muy claro que, por ejemplo, la sexualidad debe ser abordada desde un ángulo que nos permita dejar sentada su nobleza y también afirmar su problemática y doloroso desequilibrio durante el tiempo de la peregrinación. Tales interrogantes pueden y deben tener una clarificación desde el dogma de la Asunción.

Pero hay una perspectiva aún más radical y es la relación entre la Asunta y la historia. Frente a las tentaciones de activismo prometeico o de pasivismo alienante la Asunción de María nos muestra la voluntad de Cristo para asociarnos al quehacer histórico y salvífico. Claro está que ello se comprenderá si tenemos presente que la Asunción no es afirmar que la Virgen se encuentra simplemente gozando un merecido premio por adelantado, no. Es fe de la Iglesia que "la Asunción de María evoca su poder de intercesión e invita a un culto de plegaria. La resurrección de Cristo no es un misterio estático, sino

⁶ Cfr. M. J. Nicolás, O.P., *Theotokos*, Barcelona 1967, p. 63.

⁷ Oración Colecta de la festividad del Nacimiento de Cristo.

que aparece en el Nuevo Testamento con una relación a su función celeste: siempre vive para interceder por nosotros' (Hbr 7,15). Lo mismo debe decirse de la resurrección anticipada de María: es una vida nueva de solicitud intercesora por nosotros"⁸. Esta función de intercesora se ha llamado "Realeza de María", según lo recuerda Paulo VI hablando de su festividad litúrgica "en la que se contempla a Aquella que, sentada junto al Rey de los siglos, resplandece como Reina e intercede como Madre"⁹.

El tema de la intercesión, tan caro a la religiosidad latinoamericana, contiene pistas para la teología de la historia que, en la hora donde este tema se hace tan palpitante, puede abrirnos registros de mucho interés, ya que en la figura de María las leyes generales aparecen en forma eminente e ilustrativa.

3. En el ámbito Eclesiológico

La mariología moderna tiene aquí un eje fundamental y de esto se puede encontrar abundante literatura. Nos interesa presentar dos asuntos que nos parecen pertinentes al momento que precede a la Conferencia de Puebla.

La cuestión que plantea el acento así llamado "vital" de la eclesiología del Vaticano II tiene diversas facetas. Se ha dicho, por ejemplo, que la eclesiología anterior al Concilio acentuó una preocupación por lo dogmático (verdad), lo institucional (jerarquía, aparato jurídico) y que el énfasis post-conciliar se encuentra en esa Iglesia que es comunión en la vida del Espíritu. Así, por ejemplo, el P. Egidio Vígano: "Un primer elemento que sobresale en la novedad eclesiológica conciliar es el siguiente: todo lo que es institución en la Iglesia no tiene fin en sí mismo, sino que está al servicio de otra cosa más importante que lo institucional y que es la vida en la Iglesia; la vida de la fe, de la esperanza y de la caridad; la construcción y el desarrollo del 'sacramento de salvación'. Por eso hablamos de la primacía de lo vital"¹⁰.

El mismo autor pone en conexión esa eclesiología con la persona de la Madre de Dios "¿Dónde está en esto la inspiración mariana? Si hay una cosa evidente en toda la vida de María es que su maternidad, la expresión suprema de toda su funcionalidad, está al servicio de la vida de su Hijo y, en definitiva, está al servicio de la salvación de los hombres"¹¹. Esta relación madre, vida, Iglesia, nos hace comprender formas de vivir la comunidad cristiana que son muy características de las comunidades eclesiales de base. Si se reflexiona sobre su jerarquía de valores, su sensibilidad característica, se podrá observar que en ellas una forma de ser más femenina tiene un amplio lugar. Así, verbigracia, aprecio por lo personal, lo dialógico, lo acogedor, lo afectivo, lo cálidamente humano, desplaza del centro de atención a lo jerárquico, lo institucional y las verdades consideradas en una abstracción de validez más general. Podemos decir que después del Concilio y de Medellín nuestra Iglesia de América Latina es más acusadamente maternal. También se puede observar que la deformación eclesiológica anterior era una exaltación hipertrofiada de algunas

⁸ Cándido Pozo, S. J., *María en la Obra de la Salvación*, Madrid 1974, p. 325.

⁹ Exhortación *Mariæ Cultus*, n. 106.

¹⁰ Egidio Vígano, *María en la Pastoral Popular*, Bogotá 1976, p. 43.

¹¹ *Ibid.*, p. 43.

características masculinas: abstraccionismo, juridicismo... La evolución era necesaria y es positiva. Pero ciertamente se corre el peligro de caer en el otro extremo, una especie de "maternalismo" que sería un desborde de una femineidad no complementada, no redimida. Así el sentido para la comunidad personalizante, cálidamente dialógica, de los grupos de cristianos que se han estrechado en núcleos de movimientos o de comunidades eclesiales de base, puede deformarse y degenerar en el grupo-refugio intimista y cautivo de su propia calidez. Por otra parte, la tensión verdad-vida puede desatar un subjetivismo feminoide. Nadie quiere ninguno de estos desarrollos aberrantes, pero la pregunta es cómo permanecer alertas para evitarlos y cómo buscar en la eclesiología las luces necesarias para una feliz orientación. Aquí la reflexión sobre María Madre tiene mucho que enseñarle a la Iglesia madre.

En el binomio verdad-vida: cabe recordar la constante insistencia de San Lucas que nos muestra la virginidad de María como una subjetividad abierta, como una pobreza que se despliega para recibir la Palabra que viene desde el Otro. Virginidad y objetividad son términos congruentes y condicionados. La maternidad de María, con toda la calidez y filantropía que ella encierra, no es a costa de su virginidad, sino el fruto de ella. Hay en esto un mensaje de gran actualidad que debe ser profundizado: la Iglesia acogedora del hombre, madre de un pueblo, lo será en la medida en que sea la esposa virgen y fiel de la única Palabra a la cual ella en definitiva se debe.

Ahora bien, es claro que María será siempre un factor vitalizador de la fe. El P. Jacques Loew, conocido como uno de los iniciadores de las experiencias de los sacerdotes-obreros y como fundador de "Ecole de la foi", en Fribourg, Suiza, narra en una conferencia sobre espiritualidad misionera la siguiente anécdota: "El Cardenal Suenens pregunta a Karl Rahner: "¿cómo se explica Ud. el retroceso de la piedad mariana?, ¿por qué ya no muestran nuestros contemporáneos mucho interés en la Virgen María? El P. Karl Rahner contesta: "demasiados cristianos están tentados, cualquiera que sea la confesión a la cual pertenecen, de abstraer el cristianismo o transformarlo en una ideología. Y las abstracciones no necesitan una Madre..."¹² María siempre estará exigiendo de los cristianos superar el racionalismo.

Precisando más la realidad pastoral del marianismo de nuestras iglesias, convendría volver, ahora, al papel que él ha jugado y debiera jugar dentro del ecumenismo. El Santo Padre lo analiza: la cuestión ecuménica en la *Marialis Cultus*¹³. Los principios que allí se dan, y todo lo que el Concilio nos dice sobre esta materia, lo consideramos como una base necesaria. Pero, junto con ello, habría que estudiar la función de lo mariano en el nivel simbólico que hoy tanto se está valorizando en lo personal y en lo social. Estando atentos a esta perspectiva, serán asequibles para nosotros las consideraciones del documento final sobre "Iglesia y religiosidad popular en América Latina". "A su vez el carácter mariano de toda la pastoral popular conservará y afianzará la identidad católica del pueblo, condición absolutamente necesaria para invitarlo con fecundidad a emprender las rutas de su propio crecimiento en la fe y en la justicia, en los horizontes de la Escritura, la Tradición y el Magisterio. El carácter mariano de la religiosidad popular es un principio básico fundamental de la identidad

¹² *Ordenskorrespondenz*, 17, Jahrg. 1976, Heft 1.

¹³ Cfr. también el artículo ya citado de Rafael Ortega, C.M., p. 165.

de la Iglesia católica en el Continente" (n. 166). Al año siguiente, en un Encuentro del Equipo de Reflexión del CELAM, bajo la dirección de José Marins, se estudia el tema de las Comunidades Eclesiales de Base. Allí se vuelve a abordar el tema de María y la identidad católica: "...hay dos características de la Religiosidad Popular Latinoamericana que las CEB deben, con especial atención, asumir y condensar: el amor a María y al Papa. Ambas notas son principios de *identidad católica* muy elocuentes para el pueblo. La Virgen es un símbolo global privilegiado del pueblo en un Continente que ha sido llamado 'esencialmente mariano'. El marianismo de las CEB será así, un seguro de su encarnación histórica en América Latina"¹⁴.

Sólo fortaleciendo la experiencia de identidad del ser católico puede invitarse al Pueblo de Dios a un diálogo ecuménico fecundo que no sea un camino para el indiferentismo entre los fieles. La paradoja de la identidad necesaria para dialogar, para abrirse y comunicar. En este horizonte hay que plantear la cuestión ecuménica del marianismo de nuestro Continente.

4. En el ámbito de la evangelización y la pastoral

a. *María y la religiosidad popular*. Sobre este asunto hay abundante material; sólo quisiéramos indicar que el tratamiento acertado o desacertado de lo mariano conlleva una serie de repercusiones en todo el campo de la religiosidad y de la devoción popular. Son muchas las convergencias entre María y el pueblo, pero aquí se juega una característica fundamental del ser latinoamericano, su capacidad de síntesis, de organicidad. El Papa Paulo VI, hablándole a nuestro Continente, le dice: "América Latina, esta es tu hora..., tu vocación original para aunar en una síntesis nueva y genial lo antiguo y lo moderno, lo espiritual y lo temporal, lo que otros te entregaron y tu propia originalidad"¹⁵. En un reciente trabajo, publicado en este mismo número de la revista, del Equipo de Reflexión teológico-pastoral del CELAM, "Pueblo: Temas y Opciones claves", abril 9-15 de 1978, se aborda este mismo tópico hilvanándolo también con la cuestión mariana: "Es notorio que grupos intelectuales de occidente padecen una parálisis en su capacidad de síntesis y el pensamiento dicotómico, disociador, va atomizando la cultura y la misma existencia humana. Al contrario, la cultura popular brilla en su capacidad de sentir y pensar de modo sintético y sapiencial, orgánico y vital. Así para el pueblo resultan extrañas las oposiciones radicales tan comunes en las élites secularistas. La religiosidad popular no opone la acción a la contemplación; el compromiso a la devoción; la jerarquía al pueblo de Dios; Cristo a María; fe a religión; salvación a liberación, sino que las integra en una síntesis vital que es insustituible resorte de la acción pastoral". Una Iglesia que no desarrolle la categoría de lo mariano no puede pretender ser popular y, a la vez, estará entrando en una lógica de dicotomía y espiritualizaciones que la irán extrañando de su propia sustancia.

¹⁴ Encuentro Interdepartamental sobre Comunidades Eclesiales de Base, documento final, en *Documentos CELAM*, n. 35, p. 74.

¹⁵ Homilía, 3 de julio de 1966, en *L'Osservatore Romano*, Edic. Argentina, XVI, 714, 1.

b. *Para una penetración del inconsciente.* La noción de evangelización que nos propone Paulo VI es totalizante. Es volver a plantear la urgencia de esa fe que exige amar "con todo el corazón, con toda el alma". A un nivel social el Papa llama evangelizar la cultura¹⁶, rechazando una pseudo-evangelización "decorativa, como un barniz superficial". Tanto en este ámbito que incluye todo un pueblo, como en la dimensión de la existencia personal, María está llamada a jugar un lugar clave por su condición de madre.

Reaccionando contra un sentimentalismo que exacerbó algunas características de la maternidad de María, hoy procedemos con un recelo que corre el riesgo de desarmarnos en un aspecto muy central de la pedagogía de la fe. Dios, el que hizo el corazón del hombre, conoce bien lo que la figura materna significa para él. Al redimirlo le ofrece un símbolo, un sacramental, de su propia maternidad intradivina: María. Si ese símbolo no es operante en la evangelización hay zonas de la persona y del pueblo que no son asumidas para redimirla. Benjamín Pereira analiza esta realidad. Cita a Otto Kern: "No hay nada más sagrado en la tierra que la religión de la Madre, porque nos devuelve el más profundo misterio de nuestra alma, la relación del niño con su madre". Pereira concluye: "de ahí que María para el pueblo sea como un puente que traduce la maternidad de Dios"¹⁷. Es claro que esta maternidad de María no es una pura proyección psicológica. Se trata de una correspondencia relativa y tensional entre el corazón, la psicología, del hombre nacido de la mano de Dios y la oferta de redención que El le hace en Jesucristo.

Muchos otros temas de evangelización son susceptibles a un análisis desde la mariología. La afirmación de Paulo VI de María como "Estrella de la evangelización" tampoco es un título decorativo, es más bien un programa.

5. Desde el ámbito de la liberación

a. *María como símbolo del pueblo.* Llama la atención que María es inscrita siempre, en los textos revelados, en el horizonte de su propio pueblo. El tema de María "Hija de Sión" se abre campo en la mariología moderna y apunta a enfatizar esta misma realidad¹⁸. En último término la mariología del Vaticano II no hace sino anudar en el consciente de la Iglesia esta inseparable unión entre el pueblo de Dios y María. Lo anterior ha sido para nuestro pueblo latinoamericano una experiencia histórica, concreta, cultural. Así el Documento de Consulta para Puebla puede anotar: "desde los orígenes —en su aparición y advocación de Guadalupe— María constituyó el gran signo, de rostro maternal y misericordioso, de la cercanía de Dios y la voz que impulsó siempre a la unión entre los hombres y los pueblos. Como el de Guadalupe, los santuarios nacionales son signos de interacción de la fe en la historia latinoamericana. En ellos el Evangelio recobra una doble resonancia; son más que lugares de peregrinación: son símbolos que unifican a los pueblos; los hermanan, mostrándoles el pasado y animándolos a la construcción de un futuro lleno de esperanza" (n. 700).

¹⁶ Cfr. *Evangelii Nuntiandi*, n. 20.

¹⁷ En *Historia y Misión*, Serie la fe de un pueblo, Edic. Mundo, 1977, p. 128.

¹⁸ Cfr. entre otros, L. Deis, *María, Hija de Sión*, Madrid 1964; Rafael Ortega, C. M. *María-Iglesia*, Madrid 1965.

Meses antes de Medellín los obispos chilenos habían reinterpretado una antigua devoción popular a la luz del Vaticano II proyectándola en su significación social. Cabe aquí traer a colación ese texto donde hablan de la Virgen del Carmen como "Madre del pueblo de Chile", e invitan a descubrirla como una estrella: "estrella que alumbró nuestra historia y nos la muestra como acción de Dios, así como Ella misma comprendió la historia de su pueblo, Israel..., estrella donde resplandecen las virtudes que hacen posible y fecunda la convivencia: respeto, confianza, amor responsable..., estrella que guía, que exige caminar, desarrollarse, porque Ella misma no se detuvo nunca en el crecimiento de su gran servicio histórico: ser enteramente Madre del Señor que divide los tiempos"¹⁹.

María es un principio articulante del ser popular latinoamericano y eso es de un valor inmenso para todo lo que signifique un crecimiento real, una liberación integral del pueblo.

b. *María como Seguro encarnacional*. Las tendencias espiritualizantes, gnósticas, puristas a lo largo de la historia de la Iglesia fueron antipopulares y antimarianas. Ese tipo de teologías reaparece una y otra vez con nuevos temas, pero en definitiva se trata del mismo bacilo que angustiaba desde el comienzo a San Juan y que le hacía exclamar apremiado: "todo espíritu que confiesa a Jesucristo, venido en carne, es de Dios" (1 Jn 4,2).

Carmelo Giaquinta ha estudiado esta deformación en el tiempo preniceno. El ve la solución de esos dilemas en una Iglesia que plantea "una pastoral universal y popular para hombres de carne y hueso" y caracteriza las dos eclesiologías diciendo: "si algo precisamente, distinguió la pastoral 'aristocrática' de los herejes de la pastoral universal y popular de la Iglesia fue el ejercicio de la caridad: 'Respecto a los que profesan doctrinas ajenas a la Gracia de Jesucristo, venido a nosotros, daos cuenta cabal de cuán contrarios son al sentir de Dios. La prueba es que nada se les da por la caridad; no les importa la viuda o el huérfano, no les da nada del atribulado, ni se preocupan de quien esté encarcelado o suelto; hambriento o sediento' (S. Ignacio a los esmirnietos, VI, 2)"²⁰.

Esta dimensión encarnada de la fe es una prolongación de lo que ocurre en el seno de María en el momento de la Anunciación. Ahí lo ha comprendido el pueblo que le confía sus necesidades de trabajo y de salud. A partir de estos elementos se puede desarrollar una teología liberadora que aborde la evangelización como servicio a todo el hombre.

c. *María como momento fraternizante*. La afirmación básica es muy sencilla. La presencia viva de un principio maternal en la Iglesia desarrolla no sólo la experiencia filial sino también la fraternal. Bastaría estudiar las cartas de San Juan para ilustrar nuestra afirmación. Aún más, a partir de la fe podemos decir que el generoso anhelo de fraternidad que late en los pueblos, es una utopía inalcanzable si no se realiza en la referencia a un principio aglutinador superior. Sólo son hermanos los hijos de un mismo padre, de una

¹⁹ Carta Pastoral, "Chile, voluntad de ser", n. 49.

²⁰ Consejo Episcopal Latinoamericano-CELAM, *Ministerios Eclesiales en América Latina*, Colección DEVYM 8, Bogotá, p. 58.

misma madre. Una copla que circuló hace unos años es, pues, ajustada a la verdad:

"No hay por dónde perderse,
cuanto quite, cuanto agregue:
nadie es hermano de nadie,
si Chile olvida a su Madre"

(Canción de los Huasos del Algarrobal).

El gran Papa de la *Rerum Novarum* llega a afirmar: "para curar, en efecto, las llagas sociales, no hay remedio más eficaz que la invocación de Aquella"²¹.

La misma conciencia es la que se expresa en uno de los puntos del "Informe sobre el Segundo Encuentro de Religiosidad Popular" organizado por la Facultad de Teología de la Universidad Católica de Santiago: "La religión del pueblo es capaz de integrar una doctrina social de la Iglesia sin dificultad. Ambas dimensiones están unidas en su raíz y por eso son fácilmente unibles: el Evangelio profundamente vivido se expresa conjuntamente en manifestaciones religiosas y en una concepción social católica. Los vacíos son superables sin recurrir a doctrinas ajenas al sentir católico. Tanto una como otra dimensión tienen su raíz última en la Trinidad, Encarnación, Resurrección y en la Iglesia. La Santísima Virgen María es la gran realidad y el gran símbolo integrador e impulsor" (n. 8) .

La liberación en cuanto a movimiento que desata y presupone la fraternidad, tendrá que considerar la función maternal de María como una fuerza que hermana, que promueve la liberación de todos los hombres.

d. *La cuestión del Magnificat*. Es interesante la frecuencia con que aparece citado en publicaciones, de un tiempo a esta parte, el cántico de María, más concretamente los versículos 52 y 53 del capítulo I de Lucas. Hay poderosas razones para ello. Conviene, sin embargo, ponderar esta profusión. Algunas veces se tiene la impresión de que se está haciendo una lectura directamente marxista del texto evangélico. Otras, por el contrario, una espiritualización desencarnada que lleva a abstracciones que nada pueden decirle de particular a un Continente pobre como el nuestro. No tengo competencia para dilucidar exegéticamente el problema. Sólo me interesa anotar que en María se juega toda la cuestión de los pobres en forma eminente. Y esta se encuentra planteada con urgencia a nuestra reflexión teológica. En la *Marialis Cultus* tenemos una luminosa perspectiva cuando el Santo Padre escribe: "María de Nazaret, aún habiéndose abandonado a la voluntad del Señor, fue algo del todo distinto de una mujer pasivamente remisiva o de religiosidad alienante, antes bien fue una mujer que no dudó en proclamar que Dios es vindicador de los humildes y de los oprimidos y derriba de sus tronos a los poderosos del mundo (cfr. Lc 1,51-53); reconocerá en María, que sobresale entre los humildes y los pobres del Señor, una mujer fuerte que conoció la pobreza y el sufrimiento,

²¹ León XIII, Epist. Apost. *L'Eclatant*, del 10-VI-1903.

la huida y el exilio (cfr. Mt 2,13-23): situaciones todas éstas que no pueden escapar a la atención de quien quiere secundar con espíritu evangélico las energías liberadoras del hombre y de la sociedad" (n. 37).

Aunque parezca evidente, cabe agregar que no se puede hacer mariología basada en dos versículos, por muy centrales que ellos sean. Ese intento nos llevaría a un reduccionismo simplista y falso.

6. María y la mujer

Al finalizar el encuentro "Iglesia y Mujer en América Latina", en la víspera de la fiesta de la Inmaculada Concepción de 1975, los delegados de 16 países dirigieron desde Bogotá un "Mensaje a las mujeres latinoamericanas"; allí detectan la gravedad de la deformación de la mujer. Junto con constatar los errores del pasado, señalan otros más recientes y amenazantes: "Todo esto ha llevado a la reacción, explicable pero errada, de movimientos de pseudo-liberación, que cifran su esperanza en la identidad de mujer y varón, interpretando como inferioridad su propia naturaleza y su vocación de maternidad. Piensan y operan como si su ser femenino fuera obstáculo a la cultura y a la creación. La situación se agrava porque esta corriente es usada por inhumanas políticas neomalthusianas, que se ciernen sobre América Latina. La pseudolibertación se convierte en nuevo instrumento de opresión. Nada tiene que ver con una educación cristiana para una verdadera paternidad responsable, que debe ser tarea prioritaria"²². Este mismo documento termina apuntando hacia Aquella que puede iluminar con esperanza la solución de estos problemas.

"Varones y mujeres somos protagonistas en nuestras naciones. Somos protagonistas en el pueblo de Dios. Contribuyamos todos a que la mujer aplique su inteligencia, perseverancia, capacidad de sacrificio, alegría y dinamismo en organizar su participación coordinada para la tarea evangelizadora y la modificación de estructuras, asumiendo como María al pie de la Cruz, su compromiso de ser Madre de toda la humanidad" (p. 60).

En el horizonte de una reflexión mariana de la mujer se pueden adelantar algunas afirmaciones. Ante todo la dignidad de la mujer que en María es asociada como ninguna otra persona humana a la persona de Cristo y a la construcción del Reino. Una honda comprensión del lugar de María en el plan divino debiera expulsar cualquier resabio discriminatorio en contra de la mujer. Junto con afirmar la igualdad de dignidad con el varón, hay que sostener la diferencia de maneras de ser y de funciones entre ambos. María certifica muy bien la identidad femenina y ella como la "nueva Eva" certifica y señala con claridad, el aporte diferenciado de lo femenino y de la mujer. A esta luz es muy interesante comprender las declaraciones de la Iglesia en torno a la pregunta sobre el sacerdocio de la mujer, las que aluden al papel de María junto a Cristo. Esas declaraciones, lejos de disminuir la función de la mujer en la Iglesia, ayudan a definirla y perfilarla en un momento de gran confusión. Es interesante reflexionar en el carácter laical de la mujer, su condición de pueblo y verlo en relación a María, como Hija de Sión.

²² Documentación CELAM, Enero-Febrero 1976, 59-60.

También la figura de María nos permite entender la relación que hay entre el servicio a la vida que la mujer tiene como encargo principal y directo en los ámbitos más personalizantes como son el hogar, la educación, la asistencia al dolor y la necesidad, y su presencia en el ámbito del trabajo y la construcción social y política. *Marialis Cultus* recuerda a las mujeres de hoy que María no ha de ser presentada "como una madre celosamente replegada sobre su propio Hijo divino, sino como una mujer que con su acción favoreció la fe de la comunidad apostólica en Cristo (cfr. Jn 2,1-12) y cuya función maternal se dilató, asumiendo sobre el Calvario dimensiones universales" (n. 37).

La mujer tiene en lo íntimo de su ser un anhelo de armonía muy característico. Tiene ella, como lo han hecho notar algunos antropólogos, una vocación de animación, de ser alma, de espiritualizar la carne y de encarnar el espíritu. En definitiva, en términos evangélicos, ésta es una vocación de pureza, de amor que se hace carne y de carne que se hace amor. Por eso la crisis de la sexualidad ataca al centro mismo de la mujer desestabilizándola aún más dramáticamente que al varón. María, "bendita entre todas las mujeres" aparece como la mujer que es toda armonía, toda pureza, toda alma, toda encarnación. La misma pregunta en torno a la belleza femenina encuentra en Ella una respuesta, porque la belleza de María se nos manifiesta como la superación definitiva de la hermosura corruptora, para brillar como belleza conducente a Dios.

Acertadamente dice el documento sobre Religiosidad popular: "La Virgen Madre, es el gran modelo que nos orienta en una hora en la cual urge dar a la mujer el valor grande y específico que el Padre le ha encomendado en su plan de amor" (n. 167).